corazon jóven y puro para exponer sus afectos, aun á los ojos del amor.

—Además, no era mi ánimo asustarte ó apesadumbrarte; pero no puedes suponer, adorada mia, que en lo que toca á tu felicidad me duerma. Ese color purpúreo me ha contestado, y puedo dar á Harry Layton una respuesta favorable, dijo Adam Bell inclinándose para acariciar la hermosa cabeza que descanzaba en sus rodillas.

En este momento se oyeron pisadas de caballos en la avenida que conduce al camino real, y los ladridos del sabueso de Myra, que estaba asoleándose frente á la vereda, anunciaron la matutina visita.

—Amor mio, es tu amiga Kate. La ví pasar en compañía de su primo hace media hora, é indudablemente viene á pagarte tu visita. Vé á tu cuarto y tranquiliza tus alterados pensamientos mientras los recibo.

En efecto, eran Kate y Cárlos; la primera se acordó, durante su carrera, que no habia convidado á Myra para una *fiesta* que iba á dar la próxima semana para celebrar el dia de su cumpleaños. Por lo que insistió en que le acompañase su primo *aun á riesgo*, le dijo chanceándose, *de exponer á la pobre Myra á las miradas peligrosas de tan maravilloso seductor.*

Fueron recibidos con una política tan digna por Adam Bell, que Cárlos confesó después que encontró en él, el porte mas distinguido que jamás habia visto; pocos minutos después apareció Myra, tan floreciente como la mas hermosa de sus rosas, á saludar á su amiga y á recibir á Cárlos, sin el mas ligero embarazo.

Hicieron la invitacion, y después de una rápida mirada de su padre que indicaba su aprobacion, aceptó Myra; al cabo de algun tiempo de una agradable conversacion, los primos volvieron á tomar su camino.

En la tarde vino Harry Layton, habló con Adam Bell algunos instantes en su librería, y después, junto con él, se unió á Myra ya el mas feliz de los hombres. El anciano con su libro se retiró á un rincon y dejó á los jóvenes amantes en aquel encanto cuya descripcion es pobre para los que lo han sentido una vez.

(Continuará.)

A UN AMIGO.

¿Has visto alguna vez, querido amigo,
Al desdichado á quien el juicio falta,
Cómo allá en su interior fija una idea
Y con ella tenaz lucha y batalla?
Con incesante anhelo, noche y dia
Por encontrar la solucion se afana
De aquel enigma que forjó en su mente,
Inquieta por demás y acalorada.
Desde el punto en que el sol rico de luces,
Dorando las altísimas montañas,
Dicha y placer con su presencia vierte
Envuelto en nubes de zafir y grana,
El triste loco á revolver comienza
Aquella idea que su mente asalta,
Con el mismo teson, la fuerza misma
Con que á una rueda de molino el agua.
Y con ella ocupado hora tras hora,
La noche en su afanosa inquietud le halla,
Hasta que al fin el infeliz rendido
Del continuo pensar, duerme y descansa;
Si no es que en medio del tranquilo sueño
Se le presenta cual atroz fantasma,

Y torna á revolverla en su memoria,
Y otra vez le sorprende la mañana.
Para él no hay mundo, ni ilusion, ni amores;
Perdió el vergel sus encantadas galas;
Las flores sus matices delicados,
Su murmullo dulcísimos las auras.
No le agrada en la noche silenciosa
De la luna mirar la luz de plata,
Ni el concierto escuchar de la avecilla,
Con que saluda cariñosa al alba.
Las afecciones que á otro ser le ligan
En su memoria cual tesoro guarda;
Pero dormidas, porque aquella idea
Sus afectos mas tiernos avasalla;
Y no es extraño que por ella olvide
Amigo ó bienhechor, madre ó hermana;
Mas hay momentos en que el pobre loco,
Sin saber el por qué, suspiros lanza.
Así soy yo, que entretenido siempre
De una mujer con la memoria grata,
Pensamiento y accion he concentrado
En ella sola, que es mi bien, mi amada.
Loco estoy, porque no es accion muy cuerda
El entregar á una mujer el alma,
Haciéndola hoy señora de un afecto
Que descreida olvidará mañana.
Y con todo, imposible es que yo pueda
Ahuyentar de mi mente fascinada
Su nombre, su ademan, y los encantos
Que á idolatrarla sin cesar me arrastran.
En ella pienso cuando el sol me alumbra,
En ella pienso cuando el sol me falta,
Y hasta mis sueños quietos ó agitados
Van revestidos de su imágen grata.
He muerto para el mundo que me cerca.

Mi ocupacion tan solo es adorarla;
Ella es mi flor, mi brisa, mi avecilla,
Y mi luna que esparce luz de plata.
Mas como el loco mi tesoro tengo,
Y en conservarlo el corazon se afana;
Afecto dulce que en mi pecho vierte
Bálsamo de consuelo y esperanza.
Perdona, pues, si tu recuerdo caro
Pudo faltar un punto de mi alma,
Que loco estoy, y á un loco se disculpa,
Pues su razon se encuentra esclavizada.
Mi amistad no ha perdido su vehemencia,
Arde cual siempre con tranquila llama,
Y á tí dirige con afan sincero
Sus cantares mi lira destemplada.
Para tí sus armónicos sonidos,
Para tí los suspiros que ella lanza,
Y por tu bien al Dios de las alturas
Eleva sin cesar tiernas plegarias.
Recibe con agrado mis afectos,
Y en tanto que tu dia tranquilo pasas,
No dudes que te quiere como siempre
El pobre loco que tu amigo llamas.

Agosto 1.° de 1852.

MI ILUSION PERDIDA.

A ELLA.

Pesada me es la vida; del bullicioso mundo
Los encantos pasaron cual leve exhalacion;
Pasaron, ¡ay! veloces, y de dolor profundo
Llenaron mi existencia, borrando mi ilusion.

Hubo un tiempo en que el sueño del porvenir hermoso
Hlagaba mi mente embriagada de amor;
En que mi ardiente pecho palpitaba gozoso
Al ver dos bellos ojos radiantes de fulgor.

Pero ¡ay! pasó cual pasan los vívidos colores
Del íris que en el cielo se mira aparecer;
De esa ilusion celeste, bella ilusion de amores,
Que como el humo leve se ve desvanecer.

Pasó veloz, dejándome dulcísimas memorias
De mágicos ensueños que fueron mi querer;
Y con ella se huyeron mis dichas y mis glorias,
Y las tranquilas horas de célico placer.

A una mujer amaba; su amor era mi encanto,
Era cual pura fuente que límpida brotó,
Y en la azarosa vida de duelos y de llanto,
Con sus cristales tersos mi sed de amar calmó.

Era lo que á las flores son los rayos lucientes
De ese globo de fuego que rueda en la extension,
Lo que en la noche oscura son los astros fulgentes
A un pecho desgarrado por bárbara afliccion.

Era como la gota hermosa y trasparente
Del rocío matutino que en el pensil cayó,
Y á su influjo benéfico el rosal floreciente
Sus pétalos de seda perfumados abrió.

El amor de su alma, para mi alma era
Purísimo destello, emanacion de Dios;
Fué para mí cual fuego que cruzando la esfera
Trajo á mi pecho triste, de sí la dicha en pos.

Por tu amor, bella ingrata, mi mente se elevaba
A otro mundo que acaso mis ojos no verán;
Tú eras mi pensamiento, tu imágen me prestaba
Mil dorados ensueños que nunca volverán.

Yo ansiaba por llevarte á un cielo de placeres,
Porque eres aun mas pura que el ángel del Señor,
Porque eres el mas bello de todos cuantos seres
Con su potente soplo animó el Hacedor.

Tú no sabes, no, ingrata, cómo te amaba y te amo,
Pues nunca has conocido lo ardiente de mi amor;
Mas ya que me abandonas, tan solo al cielo clamo
Te colme de ventura.... y alivie mi dolor.

Mi dicha huyó por siempre, y el mas duro quebranto
Desgarra ahora mi pecho, disipa mi ilusion;
En mi vida derrama de la amargura el llanto;
Solo tengo recuerdos de mi fatal pasion.

Pasó veloz llevándose mi porvenir hermoso,
Los mágicos ensueños que fueron mi querer,
Y aquel tiempo en que el pecho palpitaba gozoso,
Y las tranquilas horas de célico placer.

Yo te amé, vírgen divina,
Tú subyugaste mi alma,
Niña bella;
Ví tu imágen peregrina,
Y ahuyentastes ¡ay! la calma
Que habia en ella.

Te amé como aman las flores
A ese hermoso sol fulgente
Rutilante,
Que esparce sus resplandores
En el jardin floreciente
Rozagante.

Pero tú no comprendiste
Mi pasion y mis amores,
¡Oh querida!
A eterno olvido los diste,
Marchitando así las flores
De mi vida.

Tú agostaste la flor pura
Que ofreciera ante mis ojos
La mañana;
Empañaste su blancura,
Arrojándola entre abrojos
Inhumana!

Ora yace mustia y seca
Entre mil despojos tristes
De otras flores,
¡Ay, cómo el tiempo se trueca,
Cómo en pos de los placeres
Trae dolores!

Pesada me es la vida; del bullicioso mundo,
Sus encantos pasaron cual mágica vision;
Pasaron ¡ay! veloces, y de dolor profundo
Llenaron mi existencia, borrando mi ilusion.

Agosto 31 de 1852.

(Remitida para la CAMELIA.)

CAMINOS DE FIERRO.

Un camino de fierro es una via formada por dos barras de fierro colado, dispuestas paralelamente y llamadas *carriles*, que descansan en unos bancos de piedra ó de madera y distantes una de otra el espacio que ocupa la anchura de los carros. Estos carros tienen ruedas de fierro que se encajan exactamente en los carriles y ruedan muy fácilmente y con una extraordinaria velocidad; un hombre solo puede hacer caminar un carro muy cargado, y un caballo puede arrastrar ocho ó diez de estos carros, atados uno con otro. Lo mas comun es usar máquinas de vapor, llamadas locomotrices. Una sola de estas máquinas puede hacer mover hasta treinta carros, cargados cada uno con veinte quintales. Los viajeros caminando en estos carros, pueden recorrer hasta catorce leguas por hora.

GEOGRAFIA.

LECCION CUARTA.

Latitud y longitud. Movimiento de la tierra.

Consuelo.—Desde que comenzó usted á darnos las lecciones de geografía, nos ha ocurrido una pregunta.

Yo.—Diga usted lo que quiera; yo procuraré satisfacer su curiosidad.

Consuelo.—Pues queriamos saber cómo se conoce la distancia que hay de un lugar á otro: yo creo que el medio de conseguirlo no será recorrer el espacio comprendido entre los dos, porque me parece que no siempre se podrá caminar en línea recta, y en ese caso las noticias no serán exactas.

Yo.—Dice usted bien, y eso es precisamente lo que consideraron los geógrafos, y trataron en consecuencia de inventar un medio que les diese á conocer exactamente la distancia entre dos lugares.

Cármen.—¿Y lo inventaron?

Yo.—Sí, señorita; eso es lo que voy á explicar á ustedes. Para conseguir lo que deseaban, se valieron de dos de los círculos

máximos que ya ustedes conocen: el meridiano y el ecuador. Dividieron el meridiano en 360 partes iguales llamadas grados, como lo ven ustedes en el meridiano de bronce de esta esfera.

Consuelo.—¿Son estas rayitas que están aquí marcadas?

Yo.—No las rayitas, sino el intervalo que hay entre ellas. Al mismo tiempo señalaron un meridiano que sirviese de punto de partida; y como, segun dije á ustedes en la segunda leccion, se pueden suponer tantos meridianos cuantos lugares hay en la tierra, determinaron escoger el que pasase por un punto de los mas conocidos, y le llamaron *primer meridiano*. Respecto de esto no están aun de acuerdo todos los geógrafos, pues unos lo colocan en Londres, otros en Paris, los españoles en Cádiz y algunos tambien, dos siglos hace, en la isla de Hierro, una de las Canarias. Por esta razon es preciso conformarse con el que señale la esfera que uno posea. Respecto del ecuador, inventaron *los paralelos de latitud* de que hablé á ustedes en la leccion pasada, y son estos círculos que van desde el ecuador á los polos, disminuyendo de diámetro. Establecidos ya todos estos puntos, pudieron determinar con exactitud la distancia entre dos lugares, lo que se consigue de este modo. Se cuenta la distancia que hay del sitio al ecuador, es decir, el número de grados comprendidos en el intervalo de ambos puntos, y esto se llama *latitud;* en seguida se mide la que hay del lugar al meridiano convenido, y esto se llama *longitud*. Para lo primero se coloca el lugar bajo el meridiano de bronce y se cuenta el número de grados que hay desde él hasta el ecuador; esa será su latitud: si el lugar está en el hemisferio superior, se llamará *latitud Norte*, y si está en el inferior, *latitud Sur;* en seguida, colocado el lugar bajo el meridiano de bronce, se ve el número de grados que se encuentra en aquel punto donde se cortan dicho meridiano y el ecuador; esa será su longitud, marcada en la numeracion del ecuador.

Consuelo.—Quisiéramos ver eso prácticamente.

Yo.—Vamos á saber la longitud de Méjico; busquen ustedes este lugar en la esfera.

Cármen.—Ya está.

Yo.—Colóquenlo bajo el meridiano de bronce. ¿Bajo qué grado queda en la numeracion del meridiano?

Consuelo.—Está cerca de los veinte.

Yo.—Quiere decir que tiene poco mas de diez y nueve grados de latitud Norte. Vamos ahora á ver la longitud: no mueva usted la esfera; simplemente vea usted qué número de los del ecuador está bajo el meridiano de bronce.

Consuelo.—Está á cien grados y un espacio mas.

Yo.—Quiere decir que tiene ciento un grados de longitud occidental del meridiano de Paris, al que está arreglada esta esfera. Ahora, para saber el número de leguas les diré á ustedes que cada grado comprende veinte leguas; multiplicando ciento uno por veinte, ¿cuánto resulta?

Cármen.—Dos mil veinte.

Yo.—Pues ese es el número de leguas que hay de Méjico á Paris. De aquí dimana la diferencia de horas entre diferentes países.

Consuelo.—¿Pues qué hora es en este momento en Paris?

Yo.—Aquí son las doce; el sol anda quince grados por hora: luego dividiendo ciento uno por quince, resultará la hora que es en Paris. Son las seis y cuarenta y cuatro minutos de la tarde.

Consuelo.—Pues si el sol es el que anda, como acaba usted de decir, ¿para qué se supone un eje al rededor del cual gira la tierra? ¿O los dos se mueven?

Yo.—No, señorita; la tierra es la única que se mueve.

Cármen.—¿Quiere usted explicarnos eso?

Yo.—Con mucho gusto, señorita. La tierra verifica dos movimientos, uno al rededor de su eje y otro en derredor del sol. El primero se llama *diurno*, porque se tarda un dia la tierra en verificarlo; el segundo se llama *anual*, porque tarda un año en hacerlo. Del primero resulta la sucesion del dia y de la noche; el segundo produce las cuatro estaciones. Estos dos movimientos se verifican simultáneamente, de la misma manera que una persona que walsa al derredor de una mesa.

Cármen.—¿Pero el sol está quieto?

Yo.—Quieto en el centro, como la mesa de que hablé antes.

Consuelo.—Pero si estamos continuamente dando vueltas, ¿cómo no lo sentimos, ni nos caemos ni nos desvanecemos?

Yo.—Lo primero es porque vamos con la tierra; dígame usted, cuando va en una canoa con los ojos cerrados, ¿siente usted que camina?

Consuelo.—No, señor.

Yo.—Pues lo mismo sucede en este caso.

Cármen.—¿Y por qué no nos caemos?

Yo.—Porque somos atraidos al centro de la tierra en virtud de una fuerza que se llama *la gravedad* y que explicaré á ustedes en otra ocasion. Por ahora solo les diré que esa fuerza es tan poderosa, que es lo mismo que si estuviéramos unidos al suelo, y en este caso no podriamos caer. No nos desvanecemos porque como desde nuestro nacimiento nos estamos moviendo de ese modo, la costumbre nos hace no sentir ningun trastorno en la cabeza, así como tampoco se desvanece el que se ha ejercitado en walsar. Además, participando nosotros del movimiento general, como cuando vamos en coche, y siendo este movimiento regular, no nos causa ninguna impresion. Esto es lo mas que puedo decir á ustedes sucintamente, porque si me extendiese mas, no comprenderian nada, supuesto que no tienen ustedes otros conocimientos indispensables para esto. Sin embargo, lo que les he dicho es bastante y podemos continuar nuestras lecciones con algun fruto.—*H.*